

CARTA PASTORAL

DEL ILLMO. SR. DR.

D. PELAGIO A. DE LABASTIDA Y DAVALOS

EN QUE PUBLICA LA ENCICLICA DIRIGIDA

POR NRO. SMO. PADRE PAPA PIO IX,

CON MOTIVO DEL VIGESIMO
QUINTO ANIVERSARIO DE SU PONTIFICADO, EL DIA
4 DE JULIO DEL PRESENTE AÑO.

MEXICO

IMPRESA A CARGO DE M. ROSELLO
Calle de las Escalerillas núm. 21.

1871

BX874
.L3
C3
1871
c.1

747

BX874

.L3

C3

1871

c.1

147



1080026590

CARTA PASTORAL

DEL ILLMO. SR. DR. D.

PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DAVALOS

EN QUE PUBLICA LA ENCICLICA

DIRIGIDA POR NUESTRO SANTISIMO PADRE PAPA PIO IX

EL DIA 4 DEL ULTIMO JUNIO

A todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demas Ordinarios que están en gracia y comunión con la Silla Apostólica

CON MOTIVO

DEL VIGESIMOQUINTO ANIVERSARIO

DE SU PONTIFICADO

En la cual se concede á todos los fieles del orbe católico la Bendición Apostólica con indulgencia plenaria, que se ganará en esta diócesis el 1º de Noviembre del corriente año.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tellez

MEXICO

IMPRESA A CARGO DE M. ROSELLO

ESCALERILLAS NUM. 21

1871.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

VALVERDE Y TELLEZ
FONDO EMETERIO

41917

NOS EL DR. D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DAVALOS, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA ARZOBISPO DE MEXICO, PRELADO DOMESTICO DE SU SANTIDAD Y ASISTENTE AL SOLIO PONTIFICIO, ETC., ETC.

A nuestro M. I. y V. Sr. Dean y Cabildo de esta Santa Iglesia Metropolitana, al de la Insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, al V. Clero secular y regular y á todos los fieles de nuestra Diócesis, salud en Nuestro Señor Jesucristo.

Venerables hermanos y muy amados hijos:

NOS es muy grato levantar por la primera vez, despues de una larga y penosa ausencia, nuestra voz pastoral con motivo de la Encíclica ó letras apostólicas que nuestro Smo. Padre Pio IX, ha dirigido á todos los obispos exhortándolos á tributar las gracias mas rendidas á Dios Nuestro Señor, por el singular beneficio que le ha dispensado de llegar al vigésimoquinto año de su pontificado, acontecimiento único en la dilatada série de sus predecesores y en el largo trascurso de mas de diez y ocho siglos. Escuchad sus venerables palabras, que bien quisiéramos grabarlas con caractéres indelebles en el corazon de todos nuestros hijos, y hacerlas resonar en el de todos los hombres, sean cuales fueren sus creencias; porque estamos seguros que oidas sin preocupacion, experimentarían todos aquella suavidad, aquel atractivo que encanta y seduce, que halaga y cautiva sujetando dulcemente el entendimiento á la fé y la voluntad al yugo ligero de la virtud personificada hoy en el Pontífice reinante.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CARTA ENCICLICA de Nuestro Santísimo Padre el Sr. Pio IX, á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demas Ordinarios que están en gracia y comunión con la Santa Sede Apostólica.

PIO PAPA IX:

Venerables hermanos: Salud y bendición apostólica.

Los beneficios de Dios Nos convidan á celebrar su liberalidad, al manifestarse en Nos con una nueva gracia de su proteccion y gloria de Su Majestad. Pues toca ya á su fin el vigésimoquinto año, desde que Nos, por disposicion divina, tomamos á nuestro cargo el ministerio de este Nuestro apostolado, cuyos calamitosos tiempos os son tan notorios, que no hay necesidad de que os los recordemos. De la série de tantos acontecimientos como han tenido lugar en este período de tiempo, se desprende claramente, Venerables hermanos, que la iglesia militante sigue su carrera entre continuos combates y victorias: que Dios gobierna y rige los destinos del mundo que es la peana de sus piés; que frecuentemente se sirve de instrumentos débiles y despreciables para llevar á cabo los designios de su sabiduría.

Jesucristo Nuestro Señor, autor y moderador supremo de la Iglesia que la adquirió con su sangre, se ha dignado, por los méritos del Bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, que siempre vive y preside en esta Sede Romana, regir y sostener con su gracia y virtud, nuestra debilidad y pequeñez en todo este largo tiempo de Nuestra apostólica servidumbre, para mayor gloria de su nombre y utilidad de su pueblo. Así es que Nos, fortalecido con estos auxilios divinos, y ayudado constantemente de los consejos de Nuestros Venerables Hermanos, los Cardenales de la santa Iglesia Romana, y no pocas veces de los vuestros, Venerables Hermanos, que os habeis hallado en gran nú-

mero reunidos aquí en Roma, con Nos, embelleciendo con el brillo de vuestras virtudes y vuestra piedad unánime, esta cátedra de la verdad, hemos podido, en el trascurso de este Nuestro Pontificado, en conformidad con Nuestros deseos y con los del Orbe católico, elevar á dogma de fé la creencia de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Madre de Dios, y decretar honores celestiales á muchos héroes de Nuestra Religion, cuyo patrocinio, y en especial el muy poderoso de la Madre de Dios, abrigamos la conviccion de que servirá de mucho á la Iglesia católica en los borrascosos tiempos por que atraviesa. Tambien se debe al auxilio y gloria de Dios el que hayamos podido anunciar por medio de operarios evangélicos enviados al efecto, la luz de la verdadera fé en países lejanos y aun inhospitallarios, establecer en muchos lugares el orden de la Gerarquía eclesiástica, y condenar solemnemente los errores opuestos á la recta razon y buenas costumbres, y perniciosos, tanto á la sociedad cristiana como á la civil, dominantes particularmente en los tiempos presentes. Del mismo modo somos deudores al especial socorro de Dios, de que hayamos trabajado para unir entre sí con fuerte é indisoluble lazo de concordia, en cuanto nos ha sido posible, la potestad eclesiástica y civil en diferentes partes, ya de Europa, ya de América, y proveer á muchas necesidades de la Iglesia Oriental, que desde el principio de nuestro Ministerio Apostólico, fué siempre el objeto de nuestro afecto paternal; y recientemente, por la misericordia de Dios, pudimos emprender y promover la celebracion del concilio Ecuménico Vaticano que Nos vimos en la necesidad de suspender por las vicisitudes conocidas á todos, cuando en parte se habian obtenido, y en parte se prometia la Iglesia obtener, copiosísimos frutos.

Y no por esto, Venerables hermanos, hemos dejado de ejecutar por la gracia de Dios, cuanto de Nos exigian la autoridad y cargo de nuestra Soberanía temporal. Los

aplausos y demostraciones de alegría de que fuimos objeto al inaugurar Nuestro Pontificado, como lo recordareis, bien pronto se cambiaron en injurias y hostilidades, en términos que nos pusieron en la dura necesidad de abandonar esta nuestra muy querida Ciudad. Con todo, apenas por los esfuerzos mancomunados de los pueblos y Príncipes católicos, fuimos repuestos en la posesion de esta Sede Pontifical, cuando nos ocupamos preferentemente en proporcionar á nuestros fieles súbditos aquella sólida y no mentirosa prosperidad que en todo tiempo habiamos creído ser el mas grave de los deberes que Nos imponia nuestro Principado civil. No obstante esto, un Poderoso vecino, llevado de la avaricia, se apoderó de algunas Provincias de Nuestro dominio temporal, prefiriendo obstinadamente los consejos de las sectas de perdición á Nuestras paternales palabras y reiteradas amonestaciones; y últimamente, excediendo con mucho la impudencia de aquel hijo Pródigo de que se habla en el Evangelio, sujetó á fuerza de armas, como no lo ignorais, aun esta Nuestra Ciudad que la pretendia para sí, y ahora la retiene en su poder contra todo derecho, como si se tratase de una cosa que de justicia le pertenece. Nos no podemos menos, Venerables hermanos, de conmovernos profundamente á causa de esta tan criminal usurpacion que padecemos. Nuestro corazon se llena de amargura al considerar la iniquidad del designio, encaminado á que, destruido Nuestro poder temporal, queden al mismo tiempo y por el mismo hecho anulados, si posible fuera, Nuestra potestad espiritual y el Reino de Jesucristo en la tierra. Nos oprime de tristeza la perspectiva de tantos y tan graves males, principalmente la de aquellos que esponen á un peligro inminente la salvacion eterna de Nuestro pueblo. En medio de estas amarguras, nada nos aflige tanto, como la imposibilidad en que nos hallamos por carecer de la libertad necesaria para poner oportunos remedios á este torrente de males. A estas causas de nuestros pesares debe tam-

bien agregarse, Venerables hermanos, la larga y lamentable série de calamidades y desdichas que tanto han herido y afligido á la Nobilísima Nacion Francesa: calamidades y desdichas que han excedido toda medida en estos dias, á consecuencia de los excesos inauditos á que se ha entregado una turba de hombres perdidos y desalmados, y sobre todo, por el bárbaro crimen de parricidio cometido en el asesinato del Venerable hermano, el Arzobispo de Paris. Vosotros comprendereis muy bien, Venerables hermanos, la acerba pena que nos habrán ocasionado estas desgracias, cuando al Mundo entero han llenado de horror y de consternacion. Finalmente, Venerables hermanos, lo que pone el colmo á nuestros sinsabores, es ver que un crecido número de hijos rebeldes, ligados con una multitud de censuras, sin hacer caso de nuestros avisos paternales y de los intereses de su salvacion eterna, siguen todavía despreciando el tiempo de penitencia con que Dios les brinda, queriendo experimentar, por su obstinacion, la ira de las venganzas divinas, mas bien que el fruto de la misericordia en el tiempo.

Mas, aun en medio de tantas contrariedades, merced á la proteccion que Dios en su infinita clemencia nos dispensa, vemos acercarse ya el dia natalicio de nuestra exaltacion á la cátedra del bienaventurado Pedro de quien así como somos sucesor en ella, somos tambien, aunque muy distante de sus merecimientos, compañero en la larga duracion de este ministerio apostólico. Este en verdad es un don nuevo, singular y grande del favor de Dios, que á Nos únicamente ha querido otorgarnos entre tantos santísimos predecesores nuestros en el largo periodo de diez y nueve siglos. Lo cual nos muestra tanto mas admirable la benignidad divina, cuanto que en este tiempo Nos vemos considerados dignos de padecer persecucion por la justicia, y notamos el maravilloso afecto de adhesion y amor de que está tan fuertemente poseído el pueblo cristiano en todas